

# MATRIMONIO Y POLITICA

**MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN**

**U**NA de las prácticas que más sorprenden en el examen de la Historia es la de los matrimonios por intereses políticos. Recién cortado el cordón umbilical, una niña ya era la previsible Reina de Inglaterra. Se la preparaba para morir de sobrepeso a lo largo de dieciocho años de vida; daba el heredero esperado, se moría, y así los Reyes podían contraer nuevos matrimonios políticos. Nada había tan rentable para un Rey como matrimonios con esposas frágiles de salud: cada nueva boda era un nuevo pedazo de territorio o alguna ventaja arrancada al agradecido suegro.

Estas costumbres de los antiguos, que a nosotros pueden parecernos bárbaras, no están, ni muchísimo menos, desarraigadas de la Historia presente. La civilización burguesa conserva todavía los usos del matrimonio como alianza o promoción económica. Los estudiosos del árbol genealógico de los monopolios a veces tienen que detener sus investigaciones a las puertas de las alcobas. Ser cuñado o yerno de alguien sigue teniendo su importancia, su importante importancia. Hay una cierta degradación estética en obtener una planta embotelladora gracias a una boda, frente a las posibilidades que tenía un Rey del siglo XVII de obtener la Luisiana. «Pero ande yo caliente y riase la gente». El matrimonio es una institución que soluciona al hombre proletario el problema de la ropa limpia y de la comida a sus horas. Al burgués le puede solucionar un problema de promoción o de apetito imperialista. A los corredores ciclistas les solucionan problemas fisiológicos compensatorios de su tensión psíquica (durante las competiciones por etapas, Merckx recibe a su esposa cada dos días). Pero, ¿y a los políticos? Para un político, un buen matrimonio es tan importante como una buena muerte después de una buena vida. Como casi siempre los políticos son animales dañinos, extrañas mezclas de cuervo, lobo y avestruz, suelen ser extremada-

mente inteligentes en las elecciones de esposas. Una esposa en política es cosa importante. Con la excepción de Mr. Heath, los principales políticos del mundo están casados, y la soltería en política corresponde a países subo predesarrollados.

Un capítulo interesante sería el estudio de la relación entre sexualidad y política con el matrimonio como base referencial. El ejercicio del poder tiene una enorme virtud compensatoria que puede, incluso, hacer innecesaria la sexualidad física. El poder es algo así como una sexualidad mental evidente, y si los políticos se casan es por hacer algo que hacen los demás mortales y de esta manera no romper todos los vínculos con la normalidad (de la normalidad vienen los votos o los «consensus»). Pero si examinamos el provecho que los políticos extraen de sus cónyuges, veremos que es un provecho de comunicación social.

## Prestigio y matrimonio

En toda su historia, la dinastía belga de los Coburgo sólo ha ganado una batalla hasta sus últimas consecuencias. Y esa batalla ha sido precisamente una boda. No la de Fabiola. La boda del príncipe Alberto con la princesa italiana Paola. El rostro y la percha de la princesa han hecho más por el prestigio de Bélgica que la cerveza o Jacques Brel. En España tenemos una imagen de Bélgica a través de los rostros de Paola y de Fabiola; en cambio, jamás se nos aparece en sueños el rostro de ninguno de los ministros del Gobierno belga de coalición.

El caso de la familia real británica es aleccionador. Cuando la actual Reina Isabel II se casó con el duque de Edimburgo, fue muy, muy criticada. El príncipe no tenía un cuarto (siempre es relativa esta solución a niveles aristocráticos), pero tenía una excelente planta y jugaba muy bien al polo. Era un hombre sano en cuerpo y

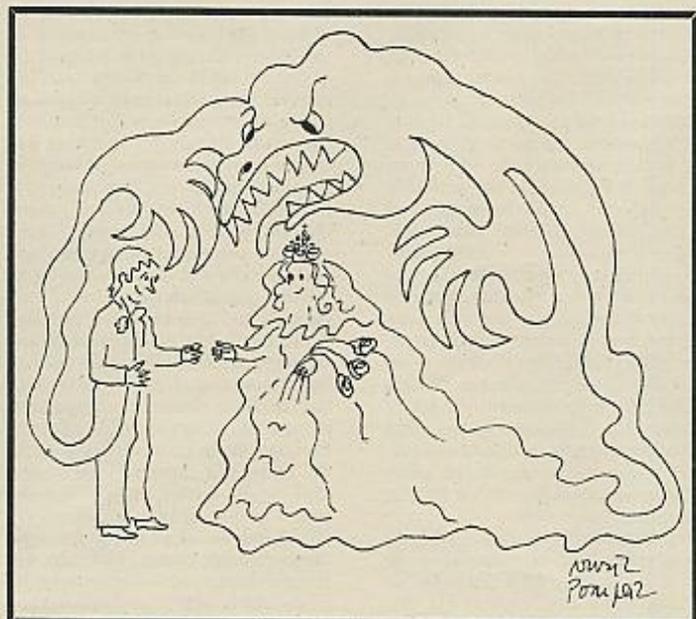
alma. Jamás ha dado ni el menor disgusto a la Reina reinante o a la Reina madre. Hombre cabal, contrajo un compromiso a fondo como procreador y monarca consorte, y lo ha cumplido. Habría que reprocharle, quizá, su contribución a buena parte de los rasgos de la princesa Ana. Pero a veces el mismo celo en la persecución de la obra bien hecha lleva a la imperfección.

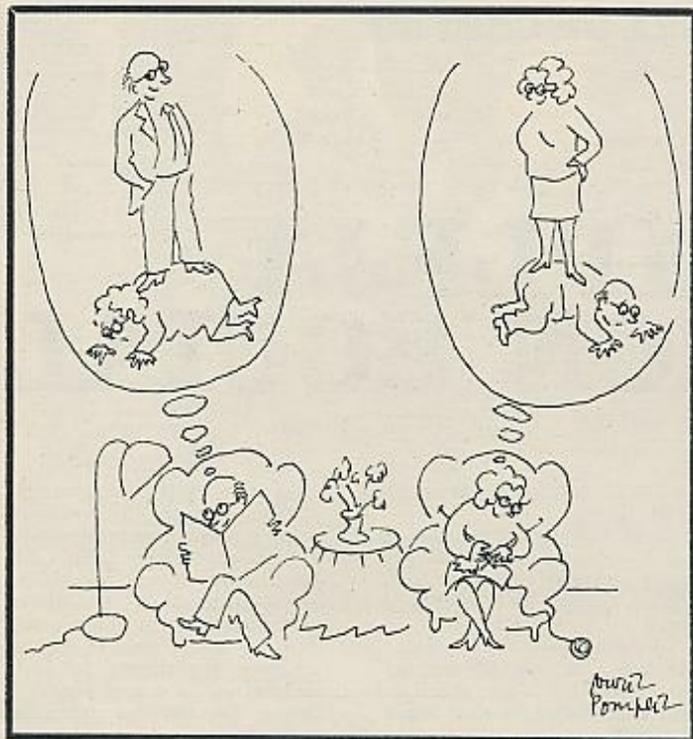
En cambio, la princesa Margarita, ser humano inestable, ha dado muchos quebraderos de cabeza. Primero fue una más que alegre juventud, en la que llegó a bailar descalza. Después, su romance con el capitán Townsend, cuarentón divorciado con el que se pasó por las costas de Dover a la vista de los mirones de la isla y el continente. Ya abocada a la madurez, la princesa no se resignó a un matrimonio de comunicación social o visual, y se casó con un joven bastante agraciado, un poco cojo y no muy alto, pero con una cierta personalidad. No parece ir bien el ma-

trimonio. Al señor Armstrong Jones le inventan «partenaires» femeninos cada fin de semana; la princesa Margarita ha engordado como su madre y vaga como alma en pena por los pasillos de su lujosa residencia, con la imaginación puesta en lo que pudo haber sido y no fue: Townsend, Townsend..., repiten extraños ecos que llegan desde las Costas Blancas de Dover, y un trueno, que parece arrancado de la obra «Cumbres Borrascosas», descompone el fondo de paisajista inglés del XVIII.

¿Qué era Mónaco hasta que llegó allí Grace Kelly?

Un Principado de opereta, con la estela sangrienta del Gran Casino y la alegre juventud del que parecía ser el último de los Grimaldi. En cambio, Grace Kelly ha contribuido a que haya más Grimaldis, a que Mónaco se identifique ahora con las galas de la Cruz Roja y a que el capital norteamericano penetre en el Principado. Todo el «happy end» del asunto lo consiguió el director es-





piritual del príncipe, un sacerdote norteamericano que le buscó una esposa alta y rubia, millonaria de origen, triunfadora, famosa y, sin embargo, decente. A Grace Kelly apenas la habían besado en alguna que otra película. Pero no mucho y con escasa saña. A Grace Kelly la habían educado en los mismos principios que a Celia Gámez, y sabía que le podían dar un beso en la mano o un beso de hermano, pero que beso de amor no se lo daba a cualquiera. Ya lo dice la canción:

**La monegasca, cuando besa,  
besa siempre de verdad,  
y a ninguna le interesa  
besar por frivolidad.**

¿Se han fijado ustedes en los tipazos de los príncipes consortes de Holanda o Dinamarca? Ni aristocrática ni económicamente son gran cosa, pero no quedarían en ridículo ante Alain Delon o Marcello Mastroianni. Claus de Holanda tiene un tono marchitón, agrídulce, de segundo plato chino, muy conveniente a una monarquía otoñal que se ha caracterizado por las princesas gorditas. En cambio, Henri de Dinamarca tiene pinta de jugador de tenis, con la barba muy cerrada y las facciones casi tan kennedistas como las del señor Servan-Schreiber. Uno se imagina un partido de tenis de dobles entre Henri de Dinamarca y Servan-Schreiber por un lado, y Chaban-Delmas y Giscard d'Estaing por otro.

Tanto el de Holanda como el de Dinamarca cumplen sus funciones reproductoras y fotogénicas con elegancia indiscutible, e incluso, sobre todo el de Dinamarca, con asiduidad. Son muestras evidentes de que los matrimonios reales siguen siendo muy útiles, y de su

evidente éxito se deriva el interés colectivo con que Europa sigue las peripecias amorosas de los príncipes de Escandinavia.

Desde los tiempos en que el Rey Carol de Rumania se casaba mal, o el Rey de Inglaterra se casaba con una divorciada norteamericana, puede decirse que todos los matrimonios reales y adláteres de Europa han sido pasos positivos en la consolidación institucional. Y en ese conjunto armónico es muy de lamentar el mal ejemplo que en su día puede dar la princesa Margarita. Pero estas cosas ocurren hasta en las peores familias.

### La política de paisano

Los políticos que no tienen el carismazo de la realeza, ¿sacan algún provecho del matrimonio? Evidente. Las esposas de los prohombres políticos del mundo complementan el retrato óptimo del marido. En cuanto a las escasas mujeres que han triunfado en la política con mayúscula, han practicado el principio asirio del exterminio porque nada sabemos de sus «partenaires» masculinos. La señora Bandaranaike es viuda; pero, ¿y la señora Indira Gandhi? En cuanto a jovencitas políticas como Bernadette Devlin, harían muy bien en casarse con hombres respetables que compensarían la sensación de inseguridad que dan a los amantes del orden. Una boda entre Bernadette Devlin y un par del Imperio británico pondría las cosas en su sitio. ¿Cuál es el sitio de las cosas? Es una pregunta que nunca he sabido responderme.

Hay una relación equilibradora entre los políticos y sus esposas,

por lo que todo conduce a pensar que han sido elegidas con el mismo cuidado puesto en la elección de una corbata o un par de zapatos. Así, las facciones de Pat Nixon tienen un leve matiz de angustia, de inseguridad perpetua, ante la mirada cuáquera de su augusto esposo. La señora Pat Nixon tiene facciones de mediadora; además, de mediadora ambigua: nadie podría jamás predeterminar si mediaría más por el teniente Calley o por el niño vietnamita de dos años al que el teniente Calley le metió un balazo por la boca.

La esposa de Johnson era la estampa misma de la cautela y del ahorro de palabras y dólares. Era de las clásicas esposas que van tirando de la manga al marido y le van diciendo: «Juan, Juan, no te metas en eso». Y así acabó Lyndon B. Johnson. La relación también estaba muy clara en el caso de John Fitzgerald Kennedy y Jacqueline. Juventud, belleza y lozanía, un plan de belleza en siete días, sonrisas de plástico compradas en el «drugstore», «charme» irlandés y «tarannà» (como decían los catalanes) parisién. Jacqueline era la compañera ideal del «bateador» de Occidente y veía las cosas tan claras que ya meses antes del asesinato del Presidente protagonizó un crucero por el Mediterráneo en compañía de Onassis, de una superproducción en cinerama de la Metro Goldwyn Mayer. Jacqueline era la imagen de la juventud, la intrepidez y las melodías de Broadway, un signo muy positivo dentro del sistema lingüístico del kennedismo.

El caso del político canadiense Trudeau es otra muestra del mismo paño. El hombre estuvo a punto de complicar su carrera política por un romance con Barbra Streisand. No era muy conveniente que la primera dama del Canadá apreciara semidesnuda en las bañeras, aunque fueran cinematográficas, o que se enfrentara al público cantando *Es mi hombre*. En este último caso, una de dos, o el hombre era el jefe del Gobierno de Canadá, con lo cual quedaba muy banalizado el arte de gobernar en Canadá, o bien el hombre era «el otro», y ya se sabe los incordios que suelen dar este tipo de triángulos. El señor Trudeau se ha casado con una jovencita muy fotogénica, hija de político, sostén de la vejez política y biológica del político más kennedista de la Commonwealth.

¿Hablamos de la señora Pompidou?

Debe de tener buen gusto, porque le encanta el cantante Guy Béart y fue una de las introductoras en Europa de la moda Sharon Tate. También se le conocieron en otros tiempos valedades por la línea Mao (en el vestuario, se entiende), y la industria de la moda suspiró aliviada cuando madame Pompidou sustituyó en el Elíseo a la señora de De Gaulle. La esposa del invicto soldado no sólo censuraba personalmente algunas películas, sino que además no apoyaba las audacias de la alta costura francesa mediante la exhibición de un mode-

lito de vez en cuando. Pese a su egregia misión, vestía como la señora Maigret. No sería del todo desdeñable la tesis de que la caída de De Gaulle fue consecuencia de una alianza de las altas finanzas francesas, los norteamericanos y la casa Dior, con el apoyo moral de Coco Chanel, en paz descanse.

Es más.

Un político no tiene futuro si no está bien casado. La carrera de Rockefeller se frustró por su ristra de divorcios. La de Adlai Stevenson, por su soltería y por su inteligencia. Si tuviéramos que hacer un vaticinio sobre el futuro político de los USA, por ejemplo, veríamos que el mejor situado sigue siendo Edward Kennedy. Su esposa, Joan, tiene juventud, belleza y lozanía, y además toca el piano. Sería indiscutible la victoria de Edward de no mediar el escandaloso asunto de la muerte de su secretaria. Asunto que Joan, la amante esposa, la ninfa constante, no tardó ni cinco minutos en disculpar y asumir. ¿Bastará esta prueba de amor para garantizar el futuro político del menor de los Kennedy presidenciables en 1971?

Gran parte de las motivaciones que llevan al fracaso a los políticos argentinos desde la caída de Perón es que sus esposas no han sabido sustituir el mito-simbolo popular de Eva Perón. Desde entonces, los aspirantes a políticos bucean en todos los estamentos sociales en busca de una Evita que les lleve a la Presidencia. Pero estas cosas no se improvisan de la noche al día. Hoy, los políticos bien casados, con esposas carismáticas y fotogénicas, pueden prometerse un futuro risueño: Willy Brandt, Harold Wilson, el Sha de Persia... pero no apostamos ni una peseta por los políticos solteros o insuficientemente casados. Ya sabemos que el padre Escrivá de Balaguer, en «Camino», ha dicho que el matrimonio es para la clase de tropa. Urge una enmienda, constitucional o no. **Para la clase de tropa y para los políticos.** Y en medio sólo queda una tierra de nadie para los revolucionarios creyentes o practicantes del amor libre y los «play-boys».

Pero si usted es ciudadano español y quiere hacer carrera política, empiece a movilizarse. No se preocupe por nada que no sea hacer un buen matrimonio fotogénico. Nuestro acercamiento a los niveles del mundo exige un «aggiornamento» también en este sentido. Y un buen negocio harán quienes sistematicen el papel de intermediarios. Los aspirantes a políticos, en vez de cenar con tanta frecuencia y tan escasamente acompañados por sus esposas, bien harían en poner a prueba la relevancia de sus señoras. No basta con responderse a la pregunta: «¿Qué haría yo si me ofrecieran una cartera ministerial en un gobierno monocolor?». Hay que responder necesariamente a la pregunta: «¿Qué tal quedaría mi mujer en la primera página de "¡Hola!"?». Esto es un test y lo demás con cuentos. ■ M. V. M.